

JUAN CALATRAVA
ANA DEL CID MENDOZA
MARTA RODRÍGUEZ ITURRIAGA
MARÍA ZURITA ELIZALDE
(EDS.)

PENSAR LA CIUDAD

imágenes, palabras, edificios

GRANADA 2022

COLECCIÓN ARQUITECTURA, URBANISMO Y RESTAURACIÓN

Director

Francisco Javier Gallego Roca

Consejo Asesor

SUSANNA CACCIA GHERARDESCHI Università di Firenze	JUAN DOMINGO SANTOS Universidad de Granada	DOMINIQUE POULOT Paris-Sorbonne
MARÍA JOSÉ CASSINELLO Universidad Politécnica de Madrid	DANIELA ESPOSITO Università La Sapienza, Roma	JOAQUÍN SABATÉ Universidad Politécnica de Cataluña
JOSÉ CASTILLO RUIZ Universidad de Granada	MAR LOREN MÉNDEZ Universidad de Sevilla	IGNACIO VALVERDE PALACIOS Universidad de Granada
JUAN CALATRAVA ESCOBAR Universidad de Granada	ÁNGEL ISAC MARTÍNEZ DE CARVAJAL Universidad de Granada	CLAUDIO VARAGNOLI Università di Chieti-Pescara
RICARDO DALLA NEGRA Università di Ferrara	JOSEP MARIA MONTANER Universidad Politécnica de Cataluña	
CARMEN DÍEZ MEDINA Universidad de Zaragoza	VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO Universidad de Sevilla	

© LOS AUTORES

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-7099-5.

Depósito legal: Gr. 1803-2022.

Edita:

Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Tel.: 958 243930-246220

www: editorial.ugr.es

Revisión ortotipográfica, maquetación y cubierta: Ana del Cid Mendoza, Marta Rodríguez Iturriaga, María Zurita Elizalde

Imprime: Imprenta Comercial. Motril

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Índice

Introducción	9
<i>Juan Calatrava, Ana del Cid Mendoza, Marta Rodríguez Iturriaga, María Zurita Elizalde</i>	
I. Nuevos paisajes urbanos: de la plaza dura a la ciudad silvestre	15
<i>José Tito Rojo</i>	
II. La arquitectura del subterráneo sagrado: reliquias y libros plúmbeos en las Santas Cuevas de Granada	37
<i>Francisco A. García Pérez</i>	
III. Los procesos espontáneos de alteración de la trama urbana consolidada en la ciudad de Granada en la segunda mitad del siglo XIX	57
<i>Fernando Acale Sánchez</i>	
IV. La construcción de la periferia de Granada (1900-1985): del hábitat semirrural a la vivienda desterritorializada	83
<i>Marta Rodríguez Iturriaga</i>	
V. «Era necesario persona de letras que entendiese de ello»: consideraciones y acciones sobre el paisaje del juez Juan de Rivadeneyra durante la fundación de nuevas poblaciones en la Sierra Sur de Jaén, 1539	109
<i>Manuel Sánchez García</i>	
VI. El resurgir de la ciudad de Córdoba tras la transformación urbana y patrimonial impulsada por el Romanticismo	133
<i>Ana Sánchez-Fúnez, José María Carmona Sánchez</i>	
VII. La imposibilidad de un estilo nacional: la diatriba de Leopoldo Torres Balbás contra la arquitectura monumentalista y regionalista	157
<i>Juan Manuel Barrios Rozúa</i>	

VIII. La construcción de una «ciudad rural». Arquitecturas agrarias en las nuevas ciudades pontinas	191
<i>David Arredondo Garrido</i>	
IX. El INA-Casa en Roma: valores históricos y retos actuales de la vivienda pública de posguerra	213
<i>Ana del Cid Mendoza</i>	
X. Análisis urbano en Japón: <i>Nihon no Toshi Kūkan</i> y la arquitectura de Arata Isozaki	241
<i>Marcela Aragüez</i>	
XI. La conformación de ciudad en la vivienda social colectiva de la segunda mitad del siglo XX. Revisión en claves tipológicas y morfológicas	261
<i>Rafael de Lacour</i>	
XII. Arquitectura de ojos abiertos. Estrategias contemporáneas de ideación de huecos en sistemas tegumentarios	289
<i>Emilio Cachorro Fernández</i>	
XIII. El poema y el muro: arquitectura y ciudad en la obra poética de Joan Margarit	317
<i>José Miguel Gómez Acosta</i>	
XIV. La memoria de la metrópolis: los recuerdos personales como fuente para la historia urbana	345
<i>Juan Calatrava</i>	

Introducción

LA PROFUNDA REVISIÓN CONCEPTUAL Y METODOLÓGICA que en las últimas décadas ha vivido la Historia de la Arquitectura no podía dejar de afectar a una disciplina tan estrechamente relacionada con ella –hasta el punto de ser, en la práctica, inseparables– como la Historia Urbana. Puede decirse que, en los últimos tiempos, la noción misma de *historia urbana* ha sufrido un proceso de ampliación similar al que ha afectado al concepto de *patrimonio*.

En este sentido, a los temas tradicionales ligados a la historiografía de las ciudades –la metodología de la historia local, la demografía, la historia de la construcción material de las urbes y de sus principales episodios, etc.– han venido a unirse otras muchas cuestiones, abriendo multiplicidad de líneas de trabajo novedosas. Así, por ejemplo, desde los años 60 los estudios tipológicos insisten en la importancia que tiene para la vida de las ciudades la comprensión de los tipos edilicios básicos cristalizados a lo largo de siglos. Igualmente, la proliferación de investigaciones colectivas sobre el problema de la vivienda ha permitido plantear, desde nuevos parámetros, la relación entre la escala arquitectónica y la escala urbana. También las interconexiones entre ciudad y campo se han beneficiado de este desbloqueo epistemológico, fomentando los estudios sobre las periferias agrícolas o la agricultura en las ciudades e insertando en la Historia Urbana los temas ligados al territorio y al paisaje. Los problemas de equipamiento derivados de la creciente complejidad de la urbe de redes se han revelado asimismo como un ámbito específico verdaderamente fructífero. Por otro lado, el auge de los estudios culturales ha reforzado el interés, que existe desde hace ya décadas, por las cuestiones relacionadas con el imaginario de las ciudades a todos los niveles. A su vez, la actual problemática de la globalización lleva a numerosas urbes a encontrar en su propia historia herramientas para reubicarse en un mundo cosmopolita profundamente trastornado, que tiene una de sus manifestaciones más evidentes en el turismo de masas y la banalización de la historia que este trae consigo.

Todas estas cuestiones, y otras muchas no mencionadas, forman parte de esa Historia Urbana extraordinariamente ampliada sobre la que trabajan habitualmente quienes forman el Grupo de Investigación HUM-813, Arquitectura y Cultura Contemporánea, del Plan Andaluz de Investigación, Desarrollo e Innovación. En este sentido, el presente libro no surge de congreso, jornada o seminario alguno, sino que es el producto interno y directo de la labor del mencionado equipo: una especie de autorretrato colectivo de 14 capítulos en los que diferentes componentes del grupo han volcado los resultados de algunas de sus investigaciones recientes, que ahora se presentan en un diálogo recíproco y bien expresivo de esa diversidad y amplitud de temáticas que constituyen hoy la Historia Urbana.

José Tito Rojo, investigador de reconocido prestigio internacional en materia de jardín y paisaje —en la triple faceta creativa, histórica y patrimonial—, aquí único autor externo al grupo de investigación, ha sido expresamente invitado a abrir este volumen con una aportación que recoge sus más recientes reflexiones sobre la siempre actual problemática del verde en la ciudad. Su texto, «Nuevos paisajes urbanos: de la plaza dura a la ciudad silvestre», constituye, ante todo, una revisión crítica de los antecedentes históricos de una relación ciudad-campo o ciudad-naturaleza mucho más fluida y sutil de lo que la simple oposición de términos podría hacer pensar. Un recorrido por el surgimiento de los paseos arbolados, las alamedas, la presencia de la naturaleza en el interior de las viejas ciudades o el giro radical que suponen los parques urbanos del XIX da paso a la problemática del siglo XX, con figuras clave como Leberecht Migge o con cuestiones candentes como el debate en torno a las plantas «extranjeras» y «autóctonas». El gran giro de los años 80 ve alzarse la alternativa entre la «plaza dura» y el «jardín en movimiento», con las iniciativas de Gilles Clément o el caso de estudio del Schöneberger Südgelände de Berlín, que entroncan con la sensibilidad ecológica y buscan una nueva articulación de la contradicción dialéctica ciudad-campo, así como una redefinición del concepto mismo de *paisaje urbano*.

Otras tres contribuciones de esta obra tienen como objeto distintos aspectos de la historia urbanística de Granada, y cada una de ellas puede considerarse como un verdadero caso de estudio en la medida en que desborda la problemática estrictamente local planteando temas, problemas e interrogantes susceptibles de ser extrapolados a otras situaciones urbanas similares.

Francisco A. García Pérez, con su texto «La arquitectura del subterráneo sagrado: reliquias y libros plúmbeos en las Santas Cuevas de Granada», recupera un tema de investigación sobre el que ha publicado ya diversas aportaciones: el de la polémica relación de la ciudad con su pasado mítico. En este caso, se trata de la leyenda por excelencia de la Granada moderna:

las supuestas reliquias del Sacromonte. El estudio de esa gran superchería contrarreformista, que supuso una verdadera refundación sacra de Granada que todavía pesa sobre la ciudad contemporánea, nos permite insistir, como hacen igualmente otros trabajos de este libro, en la absoluta relevancia de los fenómenos urbanos que tienen que ver con el imaginario.

Fernando Acale Sánchez, en su capítulo «Los procesos espontáneos de alteración de la trama urbana consolidada en la ciudad de Granada en la segunda mitad del siglo XIX», se centra en los cambios urbanos no planificados en el inicio de las transformaciones modernas. Además de ofrecer un clarificador estudio de los procedimientos administrativos, muchas veces olvidados en la historiografía de las ciudades, el autor analiza diversos episodios de enajenación particular de suelo público, así como los mecanismos de desaparición de callejuelas, adarves y rinconadas o de tratamiento de espacios urbanos residuales (lugares junto a las murallas, sobrantes de vía pública, muladares, solares yermos...).

Marta Rodríguez Iturriaga nos aporta, con «La construcción de la periferia de Granada (1900-1985): del hábitat semirrural a la vivienda desterritorializada», una historia de la formación, a un tiempo material y mental, de los límites de la ciudad a lo largo del siglo XX y de las cambiantes relaciones entre el centro histórico y los núcleos satélite. Al carácter semirrural de los primeros modos de asentamiento periférico, le suceden los proyectos oficiales del primer franquismo y más tarde la explosión desarrollista, siempre en el contexto de una planificación deficitaria que no será realmente efectiva hasta la llegada de la democracia: una historia compleja que permite comprender muchas claves del debate urbanístico y ciudadano actual.

Estos tres capítulos dedicados a Granada se pueden poner en relación con otros tres estudios incluidos en este volumen. Manuel Sánchez García aporta un texto titulado «“Era necesario persona de letras que entendiese de ello”»: consideraciones y acciones sobre el paisaje del juez Juan de Rivadeneyra durante la fundación de nuevas poblaciones en la Sierra Sur de Jaén, 1539». En él analiza los procesos de fundación de ciudades dando cuenta de toda la complejidad de unas actuaciones en las que confluyen procesos económicos, sociales y políticos que tienen repercusión directa en la ordenación del territorio y en la configuración del paisaje y que, además, dejan ver las pervivencias modernas de los ancestrales ritos de fundación.

En su capítulo «El resurgir de la ciudad de Córdoba tras la transformación urbana y patrimonial impulsada por el Romanticismo», Ana Sánchez-Fúnez –en coautoría con José María Carmona Sánchez– sintetiza los principales aspectos del proceso de modernización de Córdoba desde el siglo XIX a las primeras décadas del XX. A partir de una división estrictamente ceñida a los

periodos del devenir político de la España contemporánea, se nos narra una transformación que fue tan compleja y contradictoria como en muchas otras ciudades españolas pero que estuvo marcada en este caso por una especial presencia de la historia de la ciudad tanto en el imaginario como en sus restos materiales.

Juan Manuel Barrios Rozúa, en su texto «La imposibilidad de un estilo nacional: la diatriba de Leopoldo Torres Balbás contra la arquitectura monumentalista y regionalista», analiza la intervención en el debate arquitectónico hispano de una figura que es mucho más conocida por su papel de restaurador arquitectónico. El conocimiento de las experiencias europeas contemporáneas se une, en Torres Balbás, a una profunda revisión de la historia de la arquitectura que le lleva a refundar el concepto mismo de *tradición* y a criticar con dureza la proliferación de monumentalismo y regionalismo –esa «arquitectura zarzuelizada», como la llamaría Federico García Lorca– en las ciudades españolas y propugnar en su lugar un «sano casticismo».

Otros tres trabajos de este libro nos trasladan a historias urbanas de fuera de España. El capítulo de David Arredondo Garrido, «La construcción de una “ciudad rural”. Arquitecturas agrarias en las nuevas ciudades pontinas», propone el análisis de un conjunto de tipologías netamente urbanas que, pese a ello, dependían directamente de la actividad agrícola que el fascismo italiano desarrolló tras en el saneamiento de las marismas al sureste de Roma. A partir del estudio de material de archivo de instituciones romanas realizado durante su estancia de investigación en Italia, el autor reivindica la importancia de las actividades agrícolas en la configuración histórica de la metrópolis contemporánea.

Ana del Cid Mendoza, con su contribución «El INA-Casa en Roma: valores históricos y retos actuales de la vivienda pública de posguerra», pone sobre la mesa el gran tema de la vivienda barata promovida por la Administración. A partir del trabajo realizado durante una estancia de investigación posdoctoral en Roma, lleva a cabo un minucioso examen de los cuatro asentamientos con los que se abre en la capital italiana la intervención del INA-Casa (Valco San Paolo, Tiburtino, Tuscolano II y Tuscolano III), que nos permite comprender las ideas urbanísticas que sirvieron de fundamento a uno de los más importantes programas públicos de vivienda del siglo XX. Su estudio se extiende, además, al reconocimiento del estado actual de estos barrios, planteando así la problemática de la conservación y gestión de esta familia tan específica de bienes patrimoniales urbanos.

Marcela Aragüez, en su texto «Análisis urbano en Japón: *Nihon no toshi kûkan* y la arquitectura de Arata Isozaki», nos da a conocer un documento

de análisis urbano elaborado en 1963 por un grupo de historiadores y arquitectos entre los que destaca el hoy célebre arquitecto japonés. Publicado en la misma época que otros trabajos globales de reflexión sobre la ciudad, sobre su pasado y su imaginario, como los de Gordon Cullen, Kevin Lynch o Aldo Rossi, el texto no ha tenido la repercusión de aquellos porque aún hoy se encuentra disponible, al menos en su versión íntegra, solo en japonés. La autora argumenta cómo esta incisiva revisión de los rasgos constitutivos esenciales de la ciudad tradicional japonesa no es una mera digresión histórica sino un fundamento para entender la trayectoria posterior de Isozaki.

Otras dos aportaciones a este volumen se desenvuelven desde una mirada general sobre problemas específicos de la urbe contemporánea. Rafael de Lacour, que escribe sobre «La conformación de ciudad en la vivienda social colectiva de la segunda mitad del siglo XX. Revisión en claves tipológicas y morfológicas», reconstruye, desde las preocupaciones de la estricta contemporaneidad, los principales hitos, problemas y propuestas de la vivienda social europea y norteamericana en la segunda parte del siglo XX. En ese amplio debate se definieron modelos de intervención que en buena medida pueden seguir siendo hoy operativos tras su necesaria adaptación a la cambiante problemática actual y sus nuevas exigencias.

Emilio Cachorro Fernández, en su capítulo «Arquitectura de ojos abiertos. Estrategias contemporáneas de ideación de huecos en sistemas tegumentarios», prosigue su extensa investigación sobre el papel de los huecos y ventanas como elementos primordiales de relación de la arquitectura con su entorno urbano. Estas aberturas nos plantean la cuestión del límite y de los lugares de paso y de osmosis entre casa y ciudad, entre privado y público, entre interior y exterior. Constituyen, en consecuencia, un territorio fronterizo de enorme riqueza, sobre todo desde que la arquitectura contemporánea multiplicara los sistemas de transición y los juegos de transparencia/opacidad. El autor trata el tema aquí a partir de diversos idearios de arquitectos contemporáneos.

Finalmente, este libro incluye dos reflexiones sobre la relación entre ciudad, arquitectura y literatura. José Miguel Gómez Acosta, poeta y arquitecto—como la figura a la que dedica este trabajo—, nos habla del recién desaparecido Joan Margarit, que aunaba la condición de poeta y la de catedrático de Estructuras en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona. En el capítulo «Arquitectura y ciudad en la obra poética de Joan Margarit», partiendo de uno de los últimos poemas de este, «El muro y la palabra», se examina una ideología que puede aplicarse tanto a la obra escrita como a la particular idea de la arquitectura del creador catalán. El autor rastrea en la

extensa producción literaria de Margarit textos fundamentales a la hora de entender un concepto de *ciudad*, en los que el habitar y la vivencia de los espacios se unen en la expresión de la palabra poética.

Por su parte, Juan Calatrava, con su capítulo «La memoria de la metrópolis: los recuerdos personales como fuente para la historia urbana», continúa su prolongada investigación sobre la presencia de lo urbano en la literatura moderna y la manera en que los escritores –en sentido amplio– se convierten a menudo en verdaderos artífices del imaginario de las ciudades. En este caso, el objeto literario en cuestión lo componen recuerdos personales, un tipo de escritos que tiene su propia especificidad, pues muestran una imagen interna en la larga duración que se distingue con claridad, por ejemplo, de los relatos de viajeros, que aportan una mirada externa y rápida. Aunque el género memorialístico ha sido bien estudiado desde el punto de vista literario, se plantea ahora una reflexión teórica sobre los problemas específicos de su contribución a la Historia Urbana a partir de casos como los de Pierre-Auguste Renoir, Walter Benjamin u Oskar Kokoschka.

Es nuestro deseo que la lectura cruzada de estas 14 investigaciones pueda suponer no solo un avance de conocimiento en la temática específica de cada una de ellas, sino una reflexión de carácter más global sobre la complejidad y diversidad de los retos conceptuales, disciplinares y metodológicos a los que se enfrenta hoy cualquier tentativa de trazar la historia de lo urbano.

Para finalizar, queremos agradecer muy sinceramente a la Editorial Universidad de Granada su disposición a acoger la publicación de este libro. Es intención de nuestro grupo de investigación continuar produciendo reflexiones colectivas sobre otros temas de nuestro ámbito y confiamos en que sucesivas entregas de nuestro trabajo puedan beneficiarse igualmente de su inclusión en el cada vez más prestigioso catálogo de nuestra editorial universitaria.

Granada, diciembre de 2022

JUAN CALATRAVA
ANA DEL CID MENDOZA
MARTA RODRÍGUEZ ITURRIAGA
MARÍA ZURITA ELIZALDE

Nuevos paisajes urbanos: de la plaza dura a la ciudad silvestre

JOSÉ TITO ROJO

PREÁMBULO

Robert Crumb publica su «Short History of America» en 1979, en el número 23 de *CoEvolution Quarterly*. No se trataba de una revista *underground*, como aquel mítico *Zap* donde Crumb, hacía once años, había abierto la puerta a los *comix* de la contracultura americana; era una publicación sobre temas de cultura y naturaleza promovida por el voluntarioso Stewart Brand, en gran medida complementaria del *Whole Earth Catalog* del mismo editor, más militante y donde se incluía una variada parafernalia de instrumentos útiles para el movimiento *hippie*. En coherencia con el medio donde se publica, la «Breve historia» no era un relato humorístico, sino una reflexión desesperanzada sobre la evolución del territorio americano. Digamos que ese carácter no impedía que el tono incluyera pinceladas irónicas, se trata de Crumb y la ironía en él es inevitable.

En doce viñetas panorámicas mostraba la evolución de un pedazo de terreno de la América profunda, desde la idílica naturaleza intocada a una urbanización saturada de coches y cableado eléctrico donde nada quedaba del poético origen. Desarrollada sin palabras, vemos paso a paso la llegada del ferrocarril, la aparición de las primeras casas, el asfaltado de los caminos de tierra, la apertura de comercios y la aparición de enormes anuncios callejeros tapando las fachadas. La última de las viñetas, la que mostraba la cruel etapa final, sí incluía una mínima leyenda: «What next?!» (fig. 1).

La historia, que en esa edición primera ocupaba cuatro páginas en blanco y negro, a tres viñetas por página, conoció el éxito y motivó infinidad de impresiones piratas que consagraron su difusión en forma de *posters*,

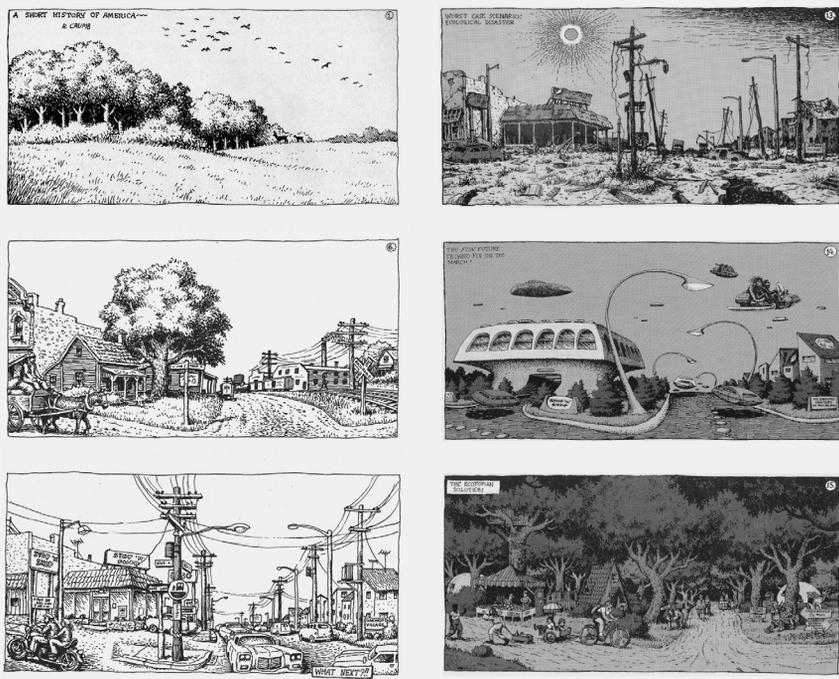


Figura 1. [Izda.] Robert Crumb, «Short History of America», *CoEvolution Quarterly*, n.º 23 (1979). Se reproducen solo las etapas 1, 6 y 12. [Dcha.] Robert Crumb, «Epilogue», *Whole Earth Review*, n.º 61 (1988).

habitualmente coloreados. Esa era la forma en que más se conocía cuando el autor decidió añadir tres nuevas viñetas a modo de respuesta a la pregunta final. Las presentó, ya a color, en la contraportada de la otra publicación de Stewart Brand, *Whole Earth Catalog*, número 61 de 1988. El añadido renunciaba a la secuencia temporal y presentaba, con un a modo de título «Epilogue», tres posibilidades de futuro con leyenda explicativa. La primera era el desastre ecológico, la destrucción del medio, muy al modo de los apocalipsis antiutópicos, sin humanos, con la urbanización destruida y comenzando a cubrirse de tierra, un remedo del clásico *Finis gloriae mundi* castigo de la *vanitas*. La segunda era su contrapunto, el futuro feliz de la victoriosa tecnología, con las construcciones de aspecto futurista y las calles sobrevoladas por limpiísimos coches flotantes y motos por el cielo conducidas por jóvenes alegres. La naturaleza aquí vuelve a la ciudad, de forma mínima y perfectamente domesticada, con pequeños arbolitos simétricos colocados a modo de adorno en las aceras de césped. La última opción de futuro era el paraíso ecologista, un bosque denso entre el que se sitúan pequeñas y pocas casas, tiendas de fruta a modo de tenderetes de mercadillo medieval

rematados con la bandera del amor libre, gente en bicicleta, flechas que marcan la dirección al Jardín del Arcoíris. Un sueño claramente deseable por los lectores. Crumb denominaba esta posibilidad de futuro como la «Ecotópica solución», irónico juego con la novela *Ecotopía*, en la que Ernest Callenbach había imaginado una California gobernada por los ecologistas y separada del resto de los Estados Unidos.

NATURALEZA Y CIUDAD

Sirve el tebeo que hemos escogido como preámbulo a lo que nos interesa en este apartado, no tanto reflexionar sobre la «historia del urbanismo», ni siquiera sobre el «verde urbano», sino hacer un recorrido por ítems muy concretos que nos permitan situar y comprender la nueva relación entre la naturaleza y la ciudad que se inició a finales del siglo XX.

Crumb se hacía eco, tal vez sin saberlo, de un viejo *topos* del urbanismo, la tensión entre la Naturaleza y lo humano y, en este último término, entre lo cultivado y lo construido; la visión de la ciudad máquina avanzando imparables sobre el cinturón de verde que la rodea, la ciudad como lugar donde la vegetación ha sido cancelada. El esquema, sabemos, no es exacto, las ciudades del pasado dejaban en su avance reductos interiores de suelo en los que era posible plantar, desde los jardines de los poderosos, enfática demostración de su estatus, a los espacios libres de edificaciones donde se pudieran realizar ferias, fiestas y celebraciones, sin olvidar que, en tiempos peligrosos, en ellos se podrían tener cultivos intramuros útiles como despensa en caso de asedio. Pero en el imaginario clásico de la oposición ciudad y campo, que con profundos matices podemos seguir desde los humanistas a los teóricos socialistas del siglo XIX, eso se ignora: la ciudad no tiene verde.

El célebre fresco del Palazzo Pubblico de Siena *Allegoria ed effetti del Buono e del Cattivo Governo*¹ nos deja, entre tantas otras cosas, un claro testimonio de esa oposición. La ciudad bien gobernada no tiene rastro de vida vegetal, apenas hay tres o cuatro macetas de flores en alguna ventana, es fuera de los muros donde están los ordenados campos bien gestionados que mandan sus productos a la urbe. Campos rotulados ocupan todo el territorio, perfectamente delimitados y alternando secano y regadío. Es en las altas montañas lejanas donde el dibujo deja el signo de la naturaleza libre, con manchas de bosques que se adensan conforme se sube.

1. Superfluo añadir autor y fecha, Ambrogio Lorenzetti, ca. 1338.

La simplificación de la ciudad bien curada será ya superlativamente manifiesta en las diversas ciudades ideales que nos llegan del Renacimiento, amplísimos espacios solados de mármoles de colores enmarcados por los bellos edificios del nuevo clasicismo, carentes todos los espacios del más mínimo resquicio verde. Ni siquiera las pocas macetas del *Buen Gobierno*. Digamos que, como norma, salvo cuando son fondo de una escena, suelen aparecer deshabitadas, dibujadas como un decorado, como una propuesta, como un deseo de absoluta racionalidad. No eran de aquel presente, ni tampoco lo serán del real futuro.

EL DISCRETO VERDE URBANO

En curiosa paradoja, el mismo pensamiento que había elaborado esos desérticos artefactos será el responsable del aumento del verde en las ciudades. Los gobernantes, siguiendo la estela de aquel César de las crónicas que había regalado al pueblo de Roma sus jardines privados para deleite colectivo, comenzarán a incorporar espacios para el placer ajenos al tradicional uso de los espacios libres medievales. No es casual que entre los primeros espacios creados por los gestores de las ciudades para ese fin estuvieran los paseos arbolados.

Tuvieron varias líneas de incorporación. La más antigua se apoyaba en tradición muy consolidada: con apenas espacios interiores para el paseo y el solaz a la sombra de los árboles, pues los descampados y prados de fiestas y mercados carecían habitualmente de ellos, la gente solía recurrir a determinados espacios extramuros; rara vez los cultivos arbóreos de frutales, que no sufrían con la estancia de grupos, y con más frecuencia las orillas de los ríos, que por su tipo de suelo y por la variable crecida de los cauces eran poco propicias para el cultivo y solían tener el beneficio gratis del arbolado de ribera, álamos sobre todo. Término ambiguo el de esos árboles en el castellano antiguo, pues englobaba también a lo que hoy denominamos *olmos*. Las alamedas eran, propiamente, olmedas. También lo fueron en las ciudades y de ahí su popular nombre en España e Hispanoamérica, *alamedas*². La de Hércules en Sevilla, tantas veces reputada como primer jardín público europeo, asunto que no toca aquí discutir, era paseo de árboles que en su nombre reclamaba el uso de las antiguas alamedas de los ríos; en este caso

2. Como monografía más actualizada puede verse Antonio Collantes de Terán et al., *Las alamedas: elemento urbano y función social en ciudades españolas y americanas* (Barcelona: Ediciones del Serbal, 2019).

con la circunstancia de que el terreno, frecuentemente encharcado, guardaba la memoria de haber sido el viejo cauce del Guadalquivir cuando pasaba por la ciudad.

Otra opción para proporcionar paseos sombreados a los ciudadanos fue plantar de árboles los lienzos de murallas, inútiles ya como protección tras los avances de la ingeniería militar. Se sustituyeron o se plantaron en su cima haciendo de ellas belvedere lineal para los paseantes; invento que en origen, caso de Lucca, buscaba estabilizar con las plantas los taludes que reforzaban los viejos muros frente a la nueva artillería. Si las riberas regalaron el término *alameda*, las murallas lo hicieron con *bulevar*, baluarte, venido en fama desde Francia y continuado más allá de su etimología cuando los paseos arbolados no tenían ya por qué limitarse al vacío dejado por las demolidas murallas³.

Lejos del ordenado ensueño de las ciudades ideales del Renacimiento, la ciudad burguesa del XIX apostó por el higiénico verde urbano en un proceso que lo mismo suponía bulevares en las amplias vías rectas como vastos parques con múltiples dispositivos de esparcimiento: paseos obviamente, pero también praderas para el juego, elevados miradores, restaurantes, instalaciones de ocio o cultura. La ciudad, de forma ordenada y controlada, asumía la presencia de verde y lo exhibía como signo de los nuevos tiempos, según los casos, con trazados a imitación de los antiguos jardines de la aristocracia o, servidumbre de las modas, con remedos del paisajismo clásico o imitando la naturaleza salvaje con bosques y roquedos artificiales. Con frecuencia en un mismo parque se mezclaban varias de esas opciones, con parcelas pintorescas y parcelas de rancia artísticidad geométrica entre las que se repartían las ofertas de uso (fig. 2).

NUEVAS CONCIENCIAS Y NUEVAS ESTÉTICAS EN EL SIGLO XX

Con el nuevo siglo el modelo de verde urbano, como tantas cosas en la jardinería, es puesto en cuestión desde varios frentes⁴. En realidad se trata de un heterogéneo conjunto de opciones que respondían a planteamientos teóricos y políticos muy distantes, con la inevitable coincidencia de estar marcados por la profunda crisis posterior a la Gran Guerra. Entre las propuestas

3. Relato que con detalle y precisión puede seguirse en Franco Panzini, *Per i piacere del popolo. L'evoluzione del giardino pubblico in Europa dalle origini al XX* (Bologna: Zanichelli, 1993).

4. Sobre ese periodo y sus repercusiones posteriores puede consultarse el colectivo Monique Mosser, José Tito Rojo y Simonetta Zanon, *Giardini storici, verità e finzione. Letture critiche dei modelli storici nel paesaggio dei secoli XX e XXI* (Treviso: Fondazione Benetton Studi Ricerche-Antiga, 2021).

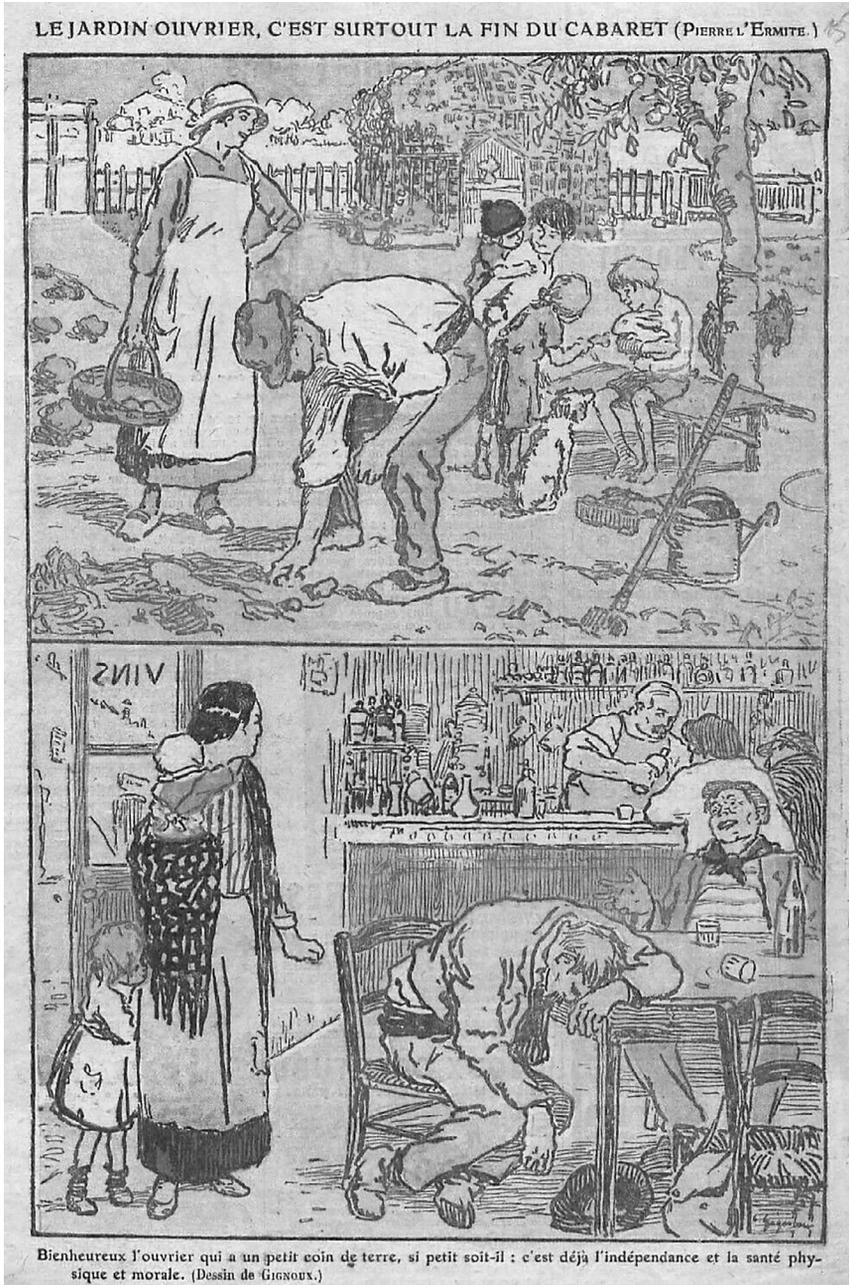


Figura 2. Gignoux (dib.), *Le jardin ouvrier, c'est surtout la fin du cabaret*, noviembre de 1923. Hoja suelta de una revista no localizada. Fuente: Colección JTR.

las había de todos colores, desde las que buscaban dar salidas al sistema, minando la influencia de las ideas socialistas –caso de los huertos obreros defendidos por sectores de la iglesia–, a las que se enfrentaban a las normas urbanas para atender las necesidades de las clases subalternas –caso de algunas de las primeras opciones del movimiento moderno– y a las que de forma radical cuestionaban la ciudad separada del campo proponiendo alternativas de crecimiento rural de las ciudades, en línea con los viejos planteamientos de los anarquistas y de los primeros socialistas, los más tarde llamados *utópicos*.

La defensa de la ciudad-campo tuvo tal vez en Alemania su más radical expresión con las propuestas teóricas y prácticas de Leberecht Migge⁵. Lo que veremos en ese mismo país en los años del entorno de 1980 no puede entenderse sin ese sustrato previo de cuestionamiento de la ciudad mecánica. Defensor de huertos familiares autosuficientes, su postura no tenía nada que ver con los huertos obreros y de hecho se colocaba en sus antípodas. No se trataba, como en los huertos obreros franceses, de ofrecer a los trabajadores una sana y reconfortante huida de la ciudad y sus peligros, algo que en el fondo buscaba salvar a la ciudad del cambio, sino que se buscaba romper con las bases de la ciudad burguesa y plantear nuevas formas de relacionarse con el medio. Dejando a un lado que, inevitablemente, tenía ecos del ambiente nacionalista dominante en ese momento, el *Manifiesto verde*⁶ de Migge recogía la tendencia de muchos arquitectos y urbanistas de la modernidad alemana, con algunos de los cuales colaboró en textos y proyectos. Su formulación era afortunada, se presentaba como un manifiesto, escrito como un poema, y usaba un tono reiterativo y grandilocuente que a los lectores debía sonar al tono profético del Antiguo Testamento y de los púlpitos (fig. 3):

5. La historización del paisajismo de inicios del siglo XX empezó, lógicamente, tarde. El hito historiográfico puede considerarse el libro de Monique Mosser y Georges Teyssot, *L'architettura dei giardini d'Occidente dal Rinascimento al Novecento* (Milán: Electa, 1990). Allí se estudia a Migge y ya abundan los estudios sobre su obra fuera de Alemania. Obviamente hay en su país estudios anteriores, incluidas monografías, véase Departamento de Planificación Urbana y Paisajística de la Universidad de Ciencias Aplicadas de Kassel, *Leberecht Migge 1881-1935. Gartenkultur des 20. Jahrhunderts* (Bremen: Worpssweder Verlag, 1981), donde se publicaron algunos textos suyos acompañados de estudios. Más tardía es la edición en inglés del fundamental *Garden Culture of the Twentieth Century*, ed. y trad. por David H. Haney (Washington D. C.: Dumbarton Oaks, 2013). Sobre el tema de la agricultura en Migge pueden consultarse dos recientes trabajos: David Arredondo Garrido y Alberto García Moreno, «Arquitectura y agricultura en la construcción del medio», en *La arquitectura y el tiempo. Patrimonio, memoria y contemporaneidad*, ed. por Juan Calatrava (Madrid: Abada Editores, 2013), 263-286; David Arredondo Garrido, «La influencia de Leberecht Migge en la creación de las *Siedlungen* productivas modernas», *VLC Arquitectura. Research Journal* 5, n.º 2 (2018): 29-58.

6. Se publica en 1919 con el seudónimo Spartakus in Grün ('Espartaco en verde') en la revista cultural *Die Tat*, n.º 10(2) (1919): 912-919. Su traducción puede consultarse en Isabel Cárdenas Maestre, «El "Manifiesto Verde" de Leberecht Migge», *Cuaderno de Notas*, n.º 12 (2009): 119-134.

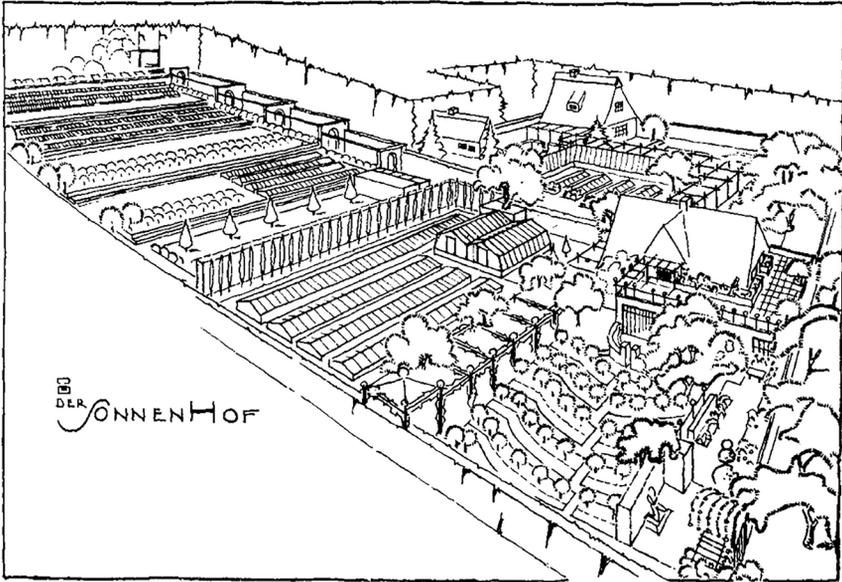


Figura 3. Leberecht Migge, boceto de su casa de campo de Sonnenhof, en Worpsswede, 1928. Fuente: *Leberecht Migge 1881-1935...*, 25.

La ciudad de los intereses y las empresas,
 La cuna de la civilización materialista.
 La vieja ciudad alemana del viejo poder burgués alemán está muerta,
 muerta, muerta!
 [...]
 ¡Ciudadanos y ciudadanas!
 ¿Quién salva a la ciudad? El campo salva a la ciudad.
 La vieja ciudad sólo puede salvar su existencia si se entremezcla con
 el campo:

¡Cread la ciudad – campo!⁷

El crecimiento de las posturas nacionalistas de las primeras décadas del siglo determinó que, mezcladas con las anteriores propuestas, aparecieran defensas de uso de flora silvestre en la jardinería urbana que, ya en su paroxismo de partir de la defensa de la naturaleza libre, encontraron su máxima expresión en el paisajismo nazi con la campaña «Exoten raus», que condenaba el uso de plantas exóticas⁸. De alguna manera eso se puede considerar

7. Tomado de Cárdenas Mestre, «El “Manifiesto Verde”...», 127 y 129.

8. Son de referencia los diversos artículos de Joachim Wolschke-Bulmahn y Gert Gröning publicados desde la década de 1980. El inicial fue Gert Gröning y Joachim Wolschke, «Naturschutz und Ökologie im Nationalsozialismus», *Die Alte Stadt. Zeitschrift für Stadtgeschichte, Stadtsoziologie und Denkmalpflege* 10,

el antecedente de las modernas críticas a las «plantas invasoras», efectuadas en general desde posiciones ideológicas muy distantes del nazismo pero que comulgan con aquel en la crítica al uso de plantas no autóctonas, muchas veces denominadas como *exóticas* o *extranjeras*, en asimilación de un concepto biogeográfico con otro de geografía política (fig. 4).

El rechazo de los arquitectos de la modernidad al urbanismo y a los espacios verdes de la antigua academia tuvo numerosas manifestaciones, muchas veces menospreciadas por la aparente escasa atención de estos hacia los temas jardineros. La moderna relectura de aquel momento ha sabido apreciar que en sus proyectos la vegetación formaba parte esencial y que el rechazo de la «artisticidad» a favor de la funcionalidad determinó la incompreensión de los paisajistas y estudiosos anclados en «las formas»⁹. En España es muy ilustrativo de esa postura todo lo que se publicó en *AC* sobre arbolado y jardín, siendo gráfico ejemplo las páginas del número 13 de la revista (1934), donde se criticaban los conceptos dominantes en urbanismo tachando con la acostumbrada aspa roja los trazados de parques de décadas anteriores y los diseños de mobiliario al estilo «Alphand». En el breve texto se incluía el rechazo a las «ciudades jardín», que eran, también, líneas de fractura de la vieja ciudad.

LA NUEVA NATURALEZA EN EL CAMBIO DE SIGLO

Vista en su conjunto, la evolución del verde urbano en el siglo XX continuó sin notables rupturas. Todos los debates y las experiencias de las primeras décadas generaron diversos tipos de intervención que, vistos en la lejanía, apenas ofrecen novedades. Reconozcámoslo, las fracturas en la historia del jardín han sido muy pocas y, con la excepción de la revolución paisajista del XVII, poco profundas. El compromiso entre la estricta función del verde y su plasmación en formas agradables no afectó a un tema fundamental, la propia concepción del verde, que era siempre reconocido como artificio de

n.º 1 (1983): 1-17, al que siguieron otros, de forma conjunta o en solitario. Global sobre el argumento que nos ocupa es Joachim Wolschke-Bulmahn, ed., *Nature and Ideology Nature and Garden Design in the Twentieth Century* (Washington D. C.: Dumbarton Oaks, 1997). Destaco, en relación con este argumento, que se incluyen en ese libro artículos complementarios del mismo Wolschke-Bulmahn, «The Nationalization of Nature and the Naturalization of the German Nation: “Teutonic” Trends in Early Twentieth-Century Landscape Design», y de Gröning, «Ideological Aspects of Nature Garden Concepts in Late Twentieth-Century Germany».

9. En el movimiento de revisión del periodo de la primera mitad del siglo se han producido ya estudios que han hecho esa relectura, tanto globales como de autores concretos. Como más general puede verse Jane Brown, *The Modern Garden* (Londres: Thames & Hudson, 2000). Edición española: Jane Brown, *El jardín moderno*, trad. por Carlos Sáenz de Valicourt (Barcelona: Gustavo Gili, 2002).

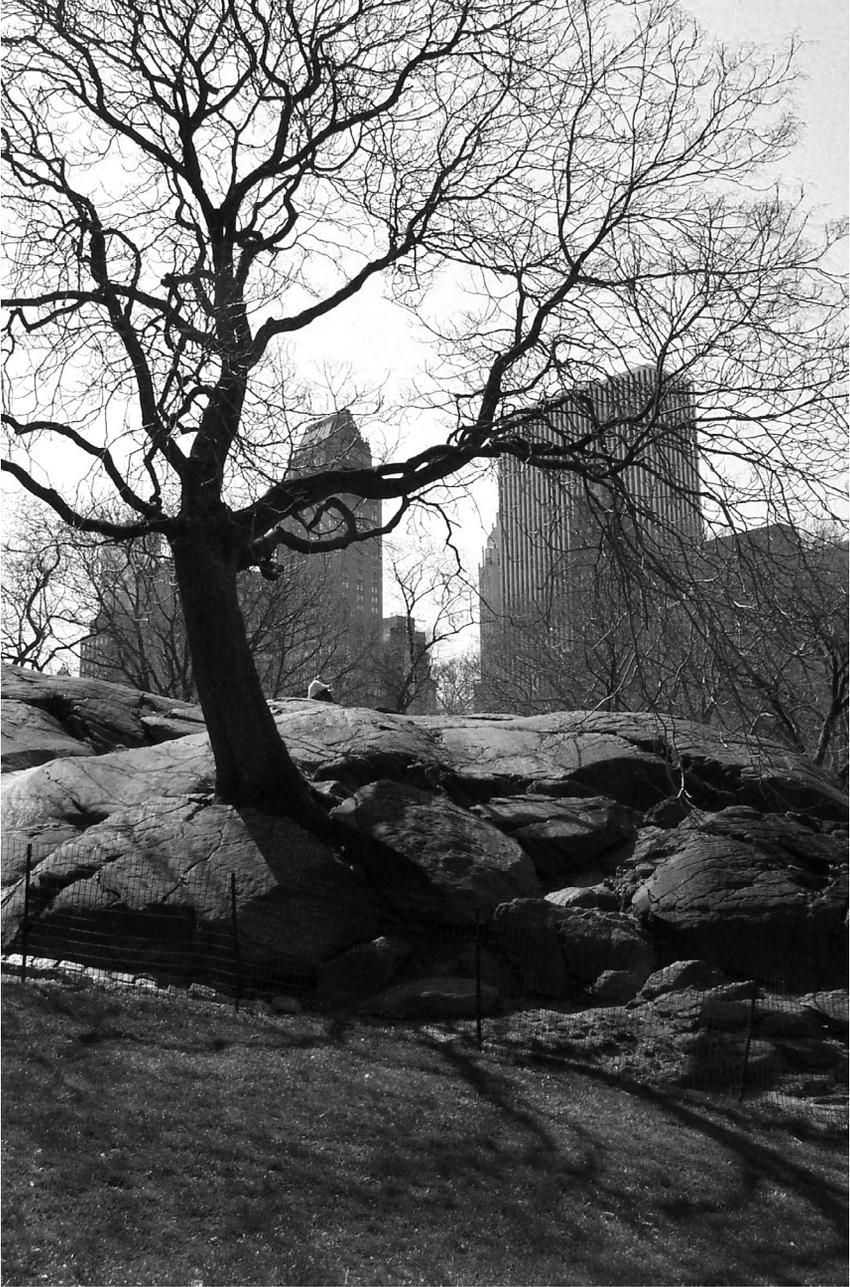


Figura 4. Metáfora de naturaleza salvaje en un parque del XIX, Central Park. Fuente: elaboración propia, 2006.

establecimiento y mantenimiento convencionales. Los espacios se diseñaban, se plantaban y se conservaban, *comme d'habitude*.

Eso será puesto en cuestión a finales de siglo como consecuencia de la honda transformación de la mirada que se estaba gestando; la conciencia ecológica, la sospecha de que el planeta no daba más de sí, el cambio de lugar del hombre respecto al medio, menos interventivo, más respetuoso, estarán en el fondo de lo que ocurrirá.

Quiere la casualidad que en la década de los 80, casi simultáneos, coincidan diversos tipos de intervenciones que, de diversa manera, rompían el equilibrio mantenido a lo largo del siglo. Nos es útil citar en primer lugar uno que pondría en superlativo la tendencia de la ciudad inerte: la «plaza dura». Con la distancia que da el tiempo transcurrido, en comparación que puede parecer poco amable, reflejaba los temores que podemos rastrear en la ciencia ficción tecnológica de los años 50, donde la ciudad del futuro recordaba mucho la ciudad ideal sin vegetación del Renacimiento: ese Trantor de las novelas de la *Fundación* de Asimov, ciudad compacta que ocupa todo el planeta; Coruscant, su heredera visual de las películas de *Star Wars*, o esas ciudades de brillantes rascacielos, carentes de verde, del feliz y triunfante capitalismo planetario, o era tal vez discretamente socializante, de la serie *Star Trek*. Resumiendo, aquello que se caricaturizaba como segunda opción de futuro en el cómic de Robert Crumb con el que iniciábamos nuestro texto.

La racionalización del espacio urbano que implicaba la «plaza dura» tuvo como espoleta —inútil pero obligada cita— la plaza de los Països Catalans, de Albert Viaplana y Helio Piñón, con apoyo de Enric Miralles, emblema de la Barcelona del Ayuntamiento del PSUC y del urbanista Oriol Bohigas. Sin entrar en que su racionalidad no impedía la ruptura con la geometría simple y tuviera en sus quiebras y fragmentación componentes «emocionales», una especie de nueva racionalidad «no euclidiana», como se decía entonces. Que el proyecto obtuviera de inmediato, en 1984, el premio FAD de Arquitectura, de tradición muy coherente con su propuesta, no hace sino reflejar el deslumbramiento de los profesionales por aquella máquina carente de vegetación. La entusiasta recepción motivó numerosas imitaciones: la moda de la plaza dura, limpia, abierta, era en gran medida el signo del punto final de una concepción de la naturaleza en la ciudad¹⁰. Más allá de las críticas de los usuarios, que significaron agrios debates en la época, lo cierto es que, pasado el momento de euforia, la realidad continuó en dirección muy otra y que en

10. Advertía al inicio del carácter sesgado que tendría este recorrido. Excusa eso entretenerse en el complejo de parques, muchos de ellos con vegetación notable, realizados en el «periodo Oriol Bohigas» de Barcelona.

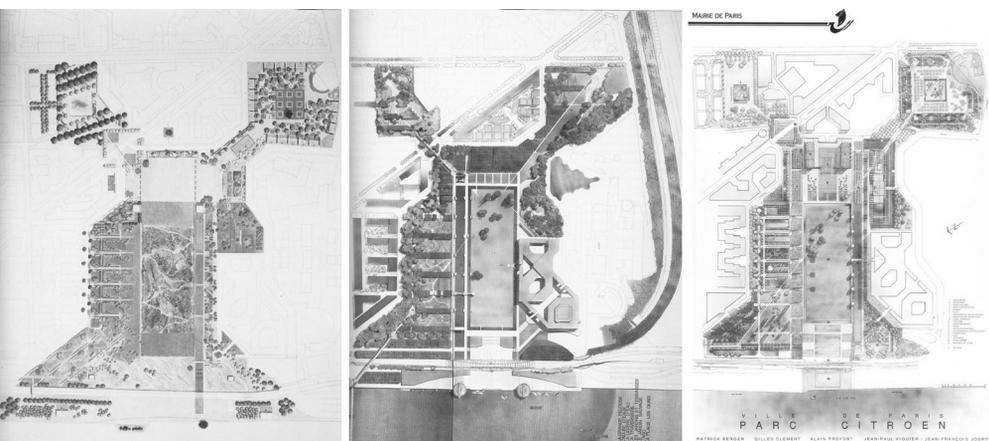


Figura 5. Parc André-Citroën, 1986. [De izda. a dcha.] Proyecto de Berger y Clément; proyecto de Provot, Viguier y Jodry; proyecto final integrado. Fuente: *Paris Projet*, n.º 30-31 (1993).

la preocupación de ciudadanos y técnicos el foco se acabó desplazando, ya ahora, hacía la lucha contra el cambio climático y el respeto a lo natural, que implica el aumento de vegetación en la ciudad.

Precursor de esa actitud actual fue el caso de París, donde, en los años 80 del siglo pasado, se producía una renovación de la ciudad tan intensa como la de Barcelona. Allí la opción Mitterrand puso el acento en el papel de la vegetación en los proyectos¹¹ y una de sus características diferenciales fue la decisión de que todos los proyectos estuvieran confirmados con paisajistas, con lo que estos no se limitaban a pintar de color el plano de otro profesional, sino que se comprometían con el diseño (fig. 5).

El más significativo de aquellos proyectos fue el del Parc André-Citroën. Elegido mediante concurso, el jurado determinó que dos de los presentados eran similares y complementarios, invitando a los equipos a integrarse para redactar un definitivo que recogiera parte de los previos. La estructura final se atenía más al de Alain Provot (paisajista) y Jean-Paul Viguier y Jean-François Jodry (arquitectos), aunque se integraban concepciones muy fuertes del proyecto de Patrick Berger (arquitecto) y Gilles Clément (paisajista). Este último había planteado todo el rectángulo central ocupado por un *jardín en movimiento*, concepto sobre el que teorizaba por entonces. El rectángulo definitivo se ocupó por el césped previsto en el proyecto de Provot y el jardín en movimiento se desplazó a un espacio menor, cerca de la entrada junto al

11. Con carácter muy global, no por ello poco intenso, puede verse el especial de la revista *Paris Projet*, n.º 30-31, dedicado a «Espaces publics», de 1993.

Sena. Fue este jardín el que estaba llamado a convertirse en el emblema de la ruptura con los hábitos seculares de la praxis jardinera. Tras una siembra inicial de semillas, se dejaba el sitio libre, permitiendo el crecimiento de las plantas y la incorporación de adventicias no plantadas; la mínima intervención de los jardineros se limitaba a quitar algunas de las plantas que consideraran inadecuadas. Los aficionados a los jardines se encontraban con un sitio donde el crecimiento natural se convertía en un espectáculo, cada año el jardín era diferente, y con una nueva valoración de los vegetales, pues cobraban protagonismo especies que hasta entonces se habían considerado «malas hierbas», carentes de interés y enemigas de un buen jardín. Este éxito, infinitamente superior al de otros espacios del parque, repercutió en los profesionales cambiando radicalmente su forma de enfrentarse a los diseños¹².

EL CASO DE BERLÍN, LA NATURALEZA LIBRE¹³

En el acelerado proceso de cambio de las concepciones de lo natural y de su relación con lo humano, y dentro de ello las ciudades, no tardó en aparecer el paso obvio: el rechazo al «proyecto», el asumir que ni siquiera en los inicios se debe determinar la composición vegetal del futuro sitio, sea jardín, plaza, parque o gran espacio.

Que el paso se diera en el Berlín de los años 90 no es ajeno a varias circunstancias muy especiales de esa ciudad. Ninguna de ellas de poco calado. Quizás la primera es que la guerra había dejado amplias zonas devastadas que el crecimiento urbano no había ocupado. Esa circunstancia se acrecentó tras la reunificación con la incorporación de nuevas áreas libres y con la pérdida de sentido de muchas infraestructuras que eran redundantes, entre ellas, y tiene que ver con el caso en el que nos centraremos, las ferroviarias, con líneas, estaciones y áreas de servicio para maquinaria que quedaron sin uso. Otra circunstancia fue la especial preocupación por los temas ecológicos, general por otra parte al conjunto de Alemania, que calaron en todos los agentes de la ciudad, desde múltiples asociaciones al Senado o a los partidos políticos. La situación devastada de la ciudad tuvo repercusión en

12. Sale fuera de este análisis la consideración de los otros jardines del Citroën, notabilísimos, y el seguimiento de la figura de Clément, que continuó aportando conceptos nuevos igualmente rompedores.

13. Excuse el lector la referencia aquí de una experiencia personal. El caso de Berlín me fue dado a conocer durante la visita a la ciudad del jurado del premio Carlo Scarpa *per il giardino*, del que formo parte. Fruto de la visita fue adjudicar el premio de 2022 al «Natur Park Schöneberger Südgelände e la natura urbana berlinese», lo que motivó, como es norma en el premio Scarpa, una amplia monografía con ese mismo título: Patrizia Boschiero, Thilo Folkerts y Luigi Latini, coords., *Natur Park Schöneberger Südgelände e la natura urbana berlinese* (Treviso: Fondazione Benetton Studi Ricerche-Antiga, 2022).



Figura 6. Cartel explicativo a la entrada del Natur Park Schöneberger Südgelände. Fuente: elaboración propia, 2021.

el florecimiento de la disciplina de la «ecología urbana», que, más allá de la relevante producción científica, supo enlazar su actividad con los agentes sociales más diversos. La visión de la naturaleza en la ciudad desarrollada por el Instituto de Ecología de la Technische Universität de Berlín será en eso determinante. Frente a la dominante visión de la naturaleza extracitadina como objeto de los estudios ecológicos, la labor desarrollada por Herbert Sukopp, y continuada por Ingo Kowarik y el equipo actual del Instituto, se centró en estudiar los ecosistemas en la ciudad, especialmente en las amplias zonas libres determinadas por la devastación. El estudio del comportamiento de las comunidades vegetales y de su aportación a la mejora del medio se hacía con criterios de observación lejanos de los paradigmas de «autoctonía vs. aloctonía» que dominaban la ecología convencional, distanciándose de las consideraciones de pureza originaria de los ecosistemas, digamos, anteriores a la actividad humana. No significa esto que el tema de la presencia de alóctonas sea ignorado, siendo significativo que Ingo Kowarik fuera fundador de la revista *Neobiota*, especializada en invasiones biológicas, y sea el máximo especialista en *Ailanthus*, especie que por su fácil reconocimiento pasa por ser entre la población el signo de lo no autóctono invasivo. En Berlín esta especie prospera en libertad, contribuyendo al verde público de manera notable.

Fruto de todo este complejo panorama fue la creación de la sociedad estatal Grün Berlin, que, mediante un entramado de empresas e instituciones,

gestiona desde 1986 el verde berlinés y ha generado multitud de proyectos, entre ellos los de una serie de grandes parques¹⁴.

Uno de esos parques es el de Südgelände, formalmente Natur Park Schöneberger-Südgelände, que puede ser perfecto ejemplo de la nueva concepción de la Naturaleza en la ciudad. El detonador de hacer allí un parque fue el abandono de un centro de talleres y estructuras ferroviarias tras la remodelación del sistema de ferrocarriles, generando un vacío lineal de cerca de 2 km y apenas 200 m en su parte más ancha, recorrido por la infinidad de vías férreas necesarias para su antigua función. Se sitúa al sur de Berlín junto a una amplia zona de espacios verdes entre los que destaca un pequeño parque también lineal, el Hans Baluschek Park, y una amplísima área de huertos familiares que ya fueron motivo de un diseño de Leberecht Migge (Kleingarten Stadt Südgelände, Berlín, 1920) (fig. 6).

La decisión allí fue hacer un *parque natural*, denominación riquísima en connotaciones. Grün Berlin gestiona ocho parques, sitios que de acuerdo con su programa buscan el relax y ocio de los habitantes compatibilizado con la mejora de la biodiversidad y, añadido más tarde, la resiliencia climática. En efecto, Südgelände es un «parque» urbano, tiene paseos para el público y zonas habilitadas para servicios típicos de este tipo de estructuras, restaurantes, áreas de juego para niños, sitios para actuaciones, talleres para artistas... Más extraño es que se le denomine como *natural*, lo que lleva directamente al centro de la cuestión. No es, como lo son los parques naturales, un área rica en valores que hay que preservar tal cual. Südgelände, cuando se decide transformarlo, era un nudo ferroviario recorrido por una compacta trama de raíles que apenas dejaban intersticios de suelo en el que no había vegetación, incluso, como es lógico en estas infraestructuras, cuando funcionaba era sometido a periódicas limpiezas porque la aparición de vegetales representaba un riesgo para su conservación. Por tanto, el concepto de *natural* debe entenderse aquí como una opción en el fondo ética, la no intervención humana en su desarrollo.

Como ha relatado Ingo Kowarik¹⁵, el conjunto ferroviario se abandonó y quedó así durante años. Las plantas pioneras, especialmente gramíneas, se establecen allí y con el tiempo comienzan a llegar arbustivas y arbóreas cuyas semillas encuentran fácil acomodo en el sustrato de grava de gran parte del

14. Página web oficial: <https://gruen-berlin.de/>. Un resumen de la actividad en Christoph Schmidt, «Grün Berlin: percorsi sostenibili per lo sviluppo degli spazi pubblici», en Boschiero, Folkerts y Latini, *Natur Park Schöneberger...*, 161.

15. Ingo Kowarik, «Südgelände, Berlino: trasformare un'area urbana abbandonata in un nuovo tipo di parco naturale», en Boschiero, Folkerts y Latini, *Natur Park Schöneberger...*, 29-57.